



Maria Pallarès Sans

Pedro Llamas. Madrid. Septiembre 2005.

Querida María,

Siendo visitante asiduo de este rincón de Internet que, de cálido, familiar y acogedor, más bien parece el salón de la calle Calabria, he sentido muchas veces el impulso y la necesidad de aportar mi granito de recuerdos, de cerrar otra pequeña cuenta con otro eslabón de la cadena que nos mantiene, a todos los que te han conocido, unidos.

Y es hoy, después de muchos borrones, que me decido a dejarte estas líneas, que seguro leerás.

Has de saber, María, que, como fotografías desordenadas, tantos recuerdos se agolpan en mi retina, cada vez que releo estas páginas que con tanto cariño tu familia ha creado para mantener tu recuerdo siempre vivo, si es que cabe un recuerdo más grande aún: Te acuerdas de esos viajes en “jeep” a la playa de la Carolina?. Te acuerdas de esas enormes cámaras de video que tu padre alquilaba para inmortalizar los “trovos” que espontáneamente brotaban en aquellas fiestas de BertaMar?. Te acuerdas de aquella noche que, regresando bien tarde (o era bien temprano porque ya estaba amaneciendo?) a casa, por el paseo de la Colonia, descubrimos que tus padres hacían guardia detrás de la ventana, esperando, con desvelo, tu vuelta? Te acuerdas de aquellas noches eternas de calor asfixiante que hacía en Barcelona aquel verano mágico del 92? Te acuerdas de cuanto nos reímos y bailamos juntos el día de mi boda?. Te acuerdas ...? Y como ecos que se resisten a apagarse, resuenan también en mi interior tantos recuerdos de conversaciones....

De pronto una canción, una cara, un olor, nos devuelve con intensidad escenas o sucesos perdidos en la bruma de la mente. En verano, ya sabes, entre la Carolina y la Colonia, cada ola, al romper, nos acerca pensamientos de recuerdo a los ausentes y en su resaca, nos arranca un suspiro y se lo lleva bien lejos. Y cada encuentro casual por el Paseo Marítimo nos obsequia con un instante para una lágrima, para una risa, para un abrazo fuerte, con tus padres y hermanos.

Una vez leí, a un misionero, declarar que su verdadera felicidad (Jose María, apúntate esta cita para tu próxima clase) radicaba en saber apreciar el verdadero valor que estaba asociado a unas muy poquitas necesidades y ser capaz de satisfacerlas, y no tener 2000 necesidades, porque, de ellas, siempre iban a haber 400 que te faltaran, y si, por un casual podías llegar a satisfacer éstas, aparecerían de repente, como por arte de magia, otras tantas más. Y es que hay, en realidad tan poquitas cosas que son realmente importantes en la vida y son tantas las otras, las que nos tiranizan... Yo, María, ya soy padre. Cuando, antes de irme a la cama cada día, doy un beso a cada uno de mis hijos, que duermen plácidamente, no puedo por menos que dar gracias, a ese ángel de la guarda que tu sabes que tengo por allí arriba, a tu lado, por el regalo inmenso que tengo. Y por eso se me encoge el corazón cuando pienso en esos meses malditos de tu sufrimiento y el de tus padres. Y aún hoy me conmueven las tremendas muestras de amor que dejaste tras de ti y la lección de coraje y fortaleza que mostraste a todos durante tu enfermedad.

Quisiste dejarnos a final del verano. Otra vez más, pusiste el pie en el estribo del tren y, como tantos veranos pasara en la estación de Águilas, cuando Agosto engullía sus últimos días del mes (te acuerdas, María, de los numeritos de las despedidas en el



Maria Pallarès Sans

andén cuando toda la familia, junta, regresaba a casa?), llenaste tu alrededor con el vacío de tu ausencia física, pero también con la presencia de tu espíritu.

María, aquí abajo ya se acabó el verano, las olas y sus resacas. Y aquí nos quedaremos, mientras llega el verano que viene, adornando este saloncito con pequeños eslabones de recuerdos, esperando otro siete de septiembre.

Un petonet molt fort per a tots.  
Pedro Llamas. Madrid. Septiembre 2005.

Enviada julio de 2006